

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID

Mes.....	1
Trimestre.....	2,50
Semestre.....	5
Año.....	10

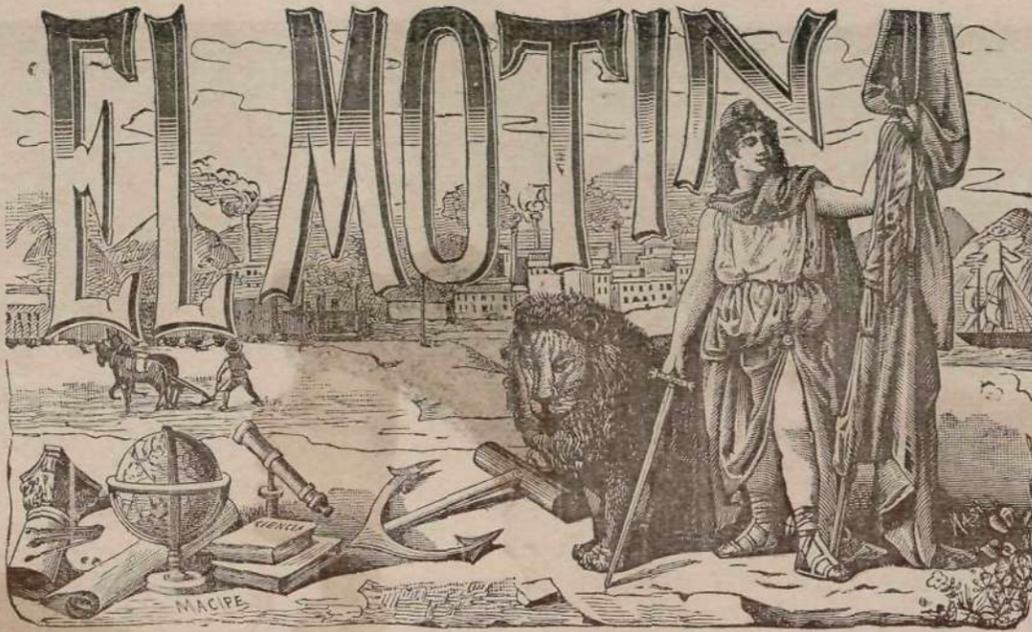
PROVINCIAS

tres meses.....	3
Seis.....	5,50
Año.....	10
Extranjero y Ultramar..	3 pesos

CORRESPONSALES

5 números de EL MOTÍN.....	2,50
Idem del Suplemento.....	0,75

NÚMERO DE EL MOTÍN
15 céntimos.



ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los librerías y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

CENTROS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, Galería Literaria calle del Obispo, 55.

NÚMERO DEL SUPLEMENTO

5 céntimos.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

EJEMPLO CONSOLADOR

En medio de la perturbación general de ideas que actualmente existe, véase á lo mejor algo que conforta el espíritu, levanta el ánimo, y nos demuestra que el éxito no es el dueño absoluto del mundo, ni la virtud se ve siempre menospreciada.

Inspirame estas reflexiones lo ocurrido últimamente á D. José Antonio Guerrero, decano de los republicanos españoles.

Llega á Madrid representando á Valencia en la Asamblea; el marqués de Santa Marta le envía un carruaje á la estación, invitándole á hospedarse en su casa; pero él, agradeciendo mucho la atención, prefiere quedarse, con Aurelio Blasco, en la modesta morada que le ofrece su amigo y paisano Juan López Alcamí.

Se presenta en la Asamblea, y todos se disputan la honra de saludarle.

Es nombrado presidente de la Mesa de edad, y todos tienen á orgullo el que hombre tal los presida.

El doctor Esquerdo da un banquete á varios amigos, y Guerrero lo preside;

El marqués de Santa Marta da otro, y, negándose Guerrero á honrar la presidencia, lo pone á su derecha.

D. Nicolás Salmerón, ex presidente de la República, sube los escalones de la casa en que mora para rendirle tributo de respeto y consideración.

D. Francisco Pi, también ex presidente de la República, y de quien se separó Guerrero cuando la malhadada cuestión del pacto, acude del mismo modo á honrarse estrechando su mano.

El marqués de Santa Marta, no creyendo bastantes cuantas atenciones le ha guardado, lo visita en su cuarto también.

Y todos y por todas partes se ufanan al departir con ese venerable anciano, resto de una generación valiente y entusiasta.

¿Y por qué todo esto, teniendo Guerrero ochenta y dos años, siendo pobre, no estando al frente de ningún partido, ni pudiendo dispensar favores; y que, por no ser nada, no ha sido siquiera ministro en esta tierra donde tantos zascandiles cobran treinta mil reales por haber desempeñado aquel cargo seis días?

¿Por qué? Porque la lealtad, la consecuencia, la honradez, el heroísmo y los sacrificios por una causa, merecen y alcanzan siempre consideración, respeto y simpatía.

Y cuando algún político no los inspira es porque en su historia hay dudas, deficiencias, sombras, algo que rechaza la conciencia pública.

Hubieran sido y fueran como D. José Antonio Guerrero, y todos, y antes que ninguno, me mordería la lengua y rompería la pluma cien veces antes que esgrimir la en su desprestigio.

Que esto exige la dignidad, ordena el deber y reclama la justicia.

EXPLICACIONES AMISTOSAS

Varios periódicos piistas, con algún salmeroniano y algún indefinido, me han censurado duramente por mi campaña contra los jefes republicanos.

No he contestado á ninguno, porque desprecio á los tontos, y se me da una higa de los listos (?).

Pero hoy me encuentro con que un modesto periódico, *La Unión Democrática*, de Albacete, me endilga unos párrafos comidos y mesurados, injustos sólo en las apreciaciones que de mí valer hace, y quiero pasarme con él de atento, ya que fuí con los demás desdeñoso. Los párrafos son estos:

«Cuando el partido republicano español tiene que cumplir ideales tan grandes; qué triste es ver á inteligencias privilegiadas, emplear todo su talento y su inagotable ingenio en zaherir y pretender rebajar personalidades de ese mismo partido!

El MOTÍN de ayer, por ejemplo, viene todo entero dedicado á deprimir con verdadera saña al Sr. Salmerón, derrotado en la última Asamblea republicana, y resignado con su derrota, por lo cual parece debía merecer el respeto y consideración de todo el mundo, y muy especialmente de los vencedores.

Con igual ensañamiento combate en otros números al ilustre Pi y Margall, que podrá equivocarse en sus convicciones, pero que es dudoso haya un político en España que las sienta más honradamente.

¿Cuánto más ganaría EL MOTÍN y haría ganar á las ideas republicanas y á la patria, si el tiempo, el ingenio y la inteligencia y las energías que derrocha combatiendo á esas y á otras personalidades ilustres de los partidos republicanos españoles los empleara en propagar los grandes ideales que debemos acariar en primer término los demócratas peninsulares!

Porque conocemos á su director y sabemos las brillantes cualidades que le adornan, nos permitimos llamar su atención sobre este punto, y decirle si no sería empresa más digna de sus grandes alientos levantar el espíritu republicano español, en vez de dedicarse á la ingrata tarea de desprestigiar republicanos.»

Vamos por partes, apreciable colega.

Triste es lo que ocurre, indudablemente; pero ¿quién tiene la culpa? No yo, que me ha bastado ver una tentativa de buen deseo en cualquier jefe republicano para aplaudirle y ponerme de su parte, llamárase Castelar, ó Salmerón, ó Pi, olvidando sus antiguos errores y torpezas, hasta que nuevas deslealtades ó nuevos cambios de actitud me obligaban á censurarlos otra vez.

La culpa es de ellos, los que, cuando no se ha tratado de zaherirse y rebajarse mutuamente, han permanecido cruzados de brazos, sordos á la voz de la patria y á los gemidos angustiosos de los republicanos, que se veían atropellados en su derecho, perjudicados en sus intereses, privados de libertad, y sacrificando su vida algunos.

¿Que yo deprimio con verdadera saña á Salmerón? Sí; con la saña del que se indigna ante la deslealtad, aborrece la traición y se cansa de ver á la seberbia endiosada imponiéndose aun al pueblo republicano; con la saña del que cree imposible el triunfo de la República mientras no se merme ó anule la influencia de los cobardes é incapaces que la perturbaron, la deshonraron, y, por último, la perdieron en 1873. Esta saña siento contra él; con esta lo combato.

Dice el colega que Salmerón está resignado con su derrota. ¿De dónde lo saca? Ahí lo tiene disponiéndose á acentuar la discordia entre los republicanos con ese conato de partido ridículo, compuesto de retazos como la capa del estudiante. ¿Por qué no se va con Pi, si es federal? ¿Por qué no se une á Castelar, si es conservador? Porque, creyéndose superior á todos, aspira constantemente á convertirse en cabeza de ratón, y ni aun eso ¡ay! puede lograr.

Lo que no concedo, por ser falso, es que yo ata-

que á Pi por equivocarse en sus convicciones. No; le ataco porque inventó lo del pacto para dividir al partido federal; por su apatía cuando no se trata de zaherir y rebajar á sus correligionarios; por su punible indiferencia ante los desafueros é inmoralidades de la restauración; por su deslealtad proverbial en todos los conciertos republicanos en que ha entrado; por lo poco que le preocupan los males de la patria; por lo mucho que sirve á la monarquía con su silencio y por su inquina hacia los demás republicanos. Y si esto es honradez, ¡vive Dios! que me avergonzaría de ser honrado en esa forma.

¿Que ganaría yo más propagando los grandes ideales republicanos? Tengo la inmodestia de creer que pocos me han aventajado durante la restauración, dentro de las condiciones del periódico en que escribo. Nadie más descontentadizo consigo propio que yo conmigo; y, sin embargo ¿por qué no confesarlo?, estoy orgulloso de mí. Aun cuando no hubiera hecho mas que la campaña contra los conservadores, quedaría justificado este mi orgullo.

Y ahora que hablo de esto, ¿quiere decirme el colega qué hicieron los Sres. Pi y Salmerón entonces?

Se fusilaba inicuaamente en los campos, se asesinaba cobardemente en las calles, se robaba en todas partes, se vertía la sangre de los estudiantes, se desmembraba el territorio español, y hablamos llegado á un punto de inmoralidad tal, que la marea de cieno amenazaba ahogarnos á todos.

Combatir aquello era un deber; y el más vulgar, el más rudimentario. ¿Cumplieron con él ninguno de esos señores? No; dejaron correr la borrasca á los pequeños, contemplándola tranquilamente desde la orilla, y viendo ahogarse á muchos sin dignarse siquiera hacer un gesto de compasión. Pero dejaré esto á un lado, por no ceder á las cóleras que su recuerdo evoca.

Me excita *La Unión* á levantar el espíritu republicano, cual si otra cosa estuviera haciendo. Para animar al que tiene una piedra sobre el pecho, lo primero que debe hacerse es apartar la piedra; y el prestigio que aún conservan esos dos hombres es una piedra que oprime al partido republicano. Y siendo esto así, ¿contribuyo ó no á levantar su espíritu quitándole de encima el peso que lo tritura y acabaría por ahogarlo?

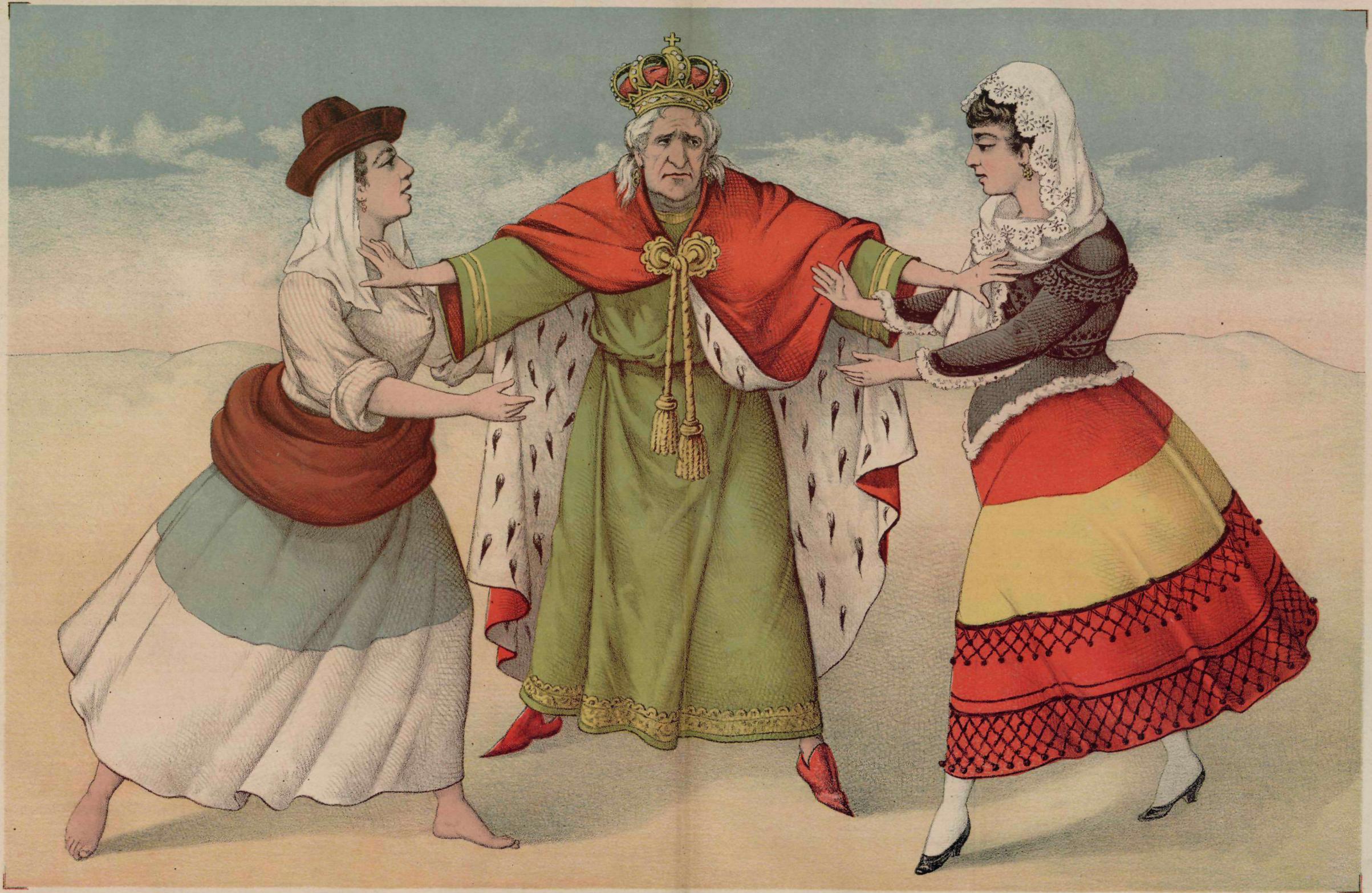
Ingrata es efectivamente la tarea de desprestigiar republicanos, y no seré yo quien la emprenda jamás. Lo que vengo haciendo, no puede en justicia calificarse así.

Inicia el pueblo la coalición; uno antes y otro después, Pi y Salmerón la combaten, franca ó cautelosamente, y, sin embargo, desde que se inició hasta que se pusieron enfrente al descubierto, no tuve para ellos mas que palabras de respeto y consideración.

Pero se quitan la careta, dan á entender que la voluntad del pueblo no es nada ante su soberana voluntad, y que las coaliciones son y deben ser obra de su especial iniciativa; y ya no dudo, ya no vacilo. Cojo su historia, plagada de inconsecuencias, torpezas y cobardías, se la arrojo al rostro, y...

No soy yo quien los zahiere: es su historia. Su historia, que nos dice lo que hicieron en el poder y lo que dejaron de hacer; lo pequeños que fueron y lo inhábiles que resultaron; los odios que alimentaron y las miserias á que cedieron.

EL MOTIN



Lo que separa á Portugal y España.

¡Y si siquiera después de caídos se hubieran arrepentido de sus errores, aprovechándose de las enseñanzas de la desgracia para no incurrir en otros nuevos! ¡Si hubieran depuesto sus rivalidades y sus envidias en aras de la patria!

Mas no; lejos de esto, se odian hoy más que ayer; y si alguna vez se han coligado siguiendo á pesar suyo la fuerza impulsiva de la opinión, han apelado á cualquier pretexto baladí para tirar muy pronto cada cual por su lado.

Y siendo esto así, ¿cómo podría yo, aunque quisiera, desprestigiar á hombres que ya lo están por virtud de sus actos, y que no hacen nada por rescatar su pasado incapaz con un presente de abnegación y sacrificios?

Desengañese el colega: es muy fácil manifestar buenos deseos de fraternidad y concordia, y lamentarse de que se ataque á esta ó aquella personalidad; lo que ya no lo es tanto es prescindir completamente de la propia, y exponerse á las censuras y los odios de los tontos, los majaderos y los vividores (entre los cuales no incluyo á *La Unión*), por rendir culto á la verdad y contribuir á que termine la farsa que están representando las eminencias del partido en beneficio de la monarquía, y, por consiguiente, en perjuicio de la República.

Le he dado estas aplicaciones amistosas, que no di á otros, en gracia á la forma cortés con que formuló su deseo. Celebraría que hiciese justicia á mi intención, como yo la he hecho á la suya.

EL PARTIDO NUEVO

De sus hijos la torpe avutarda
el pesado volar conocía,
deseando sacar una cría
más ligera aunque fuese bastarda.

A este fin muchos huevos robados
de alcotán, de jilguero y paloma,
de perdiz y de tórtola toma,
y en su nido los guarda mezclados.

Largo tiempo se estuvo sobre ellos,
y aunque huevos salieron bastantes,
produjeron por fin los restantes
varias castas de pájaros bellos.

La avutarda mil aves convida
por lucirse con cría tan nueva,
sus polluelos cada ave se lleva
y hete aquí la avutarda lucida.

¡Oh autores que empolláis obras de otros!
sacad, pues, á volar vuestra cría.
Ya dirá cada autor: «esta es mía»,
y veréis lo que os queda á vosotros.

Esto, que le ocurrió á la avutarda de la fábula de Iriarte, esto, ni más ni menos, le ocurrirá al señor Salmerón con el partido que incubía.

Como no viene á llenar ningún vacío en la política republicana; como no trae un nuevo principio, porque el más importante, la confederación ibérica, es común á todos los republicanos; como lo ha inspirado el despecho en torpe consorcio con la soberbia, ni eso será nunca un partido, ni los políticos serios le harán maldito el caso.

El manifiesto será, como dicen, una obra magna de analogía, sintaxis, prosodia y ortografía; contendrá párrafos brillantes de política, filosofía y hasta metafísica; merecerá elogios de propios y extraños; pero después de esto ¿qué?

Quedará como un testimonio más de lo desdichado que ese hombre es en política, y de lo perjudicial que sería si el buen sentido popular no lo hubiera rechazado desde que ingresó en el campo republicano, procedente del monárquico, cosa que ya muy pocos recuerdan.

Ahora se convencerán los republicanos de buena fe de las intenciones que el Sr. Salmerón llevaba á la Asamblea, la de dividir para vencer, y se arrepentirán de los aplausos que á última hora le prodigaron creyendo sinceras aquellas manifestaciones cursis de concordia y fraternidad mentidas.

YA SOMOS DOS

La República, periódico que inició la coalición, ha publicado un notabilísimo artículo, bajo el título *Fatalidad inconcebible*, que dice al pie de la letra:

«Don Nicolás Salmerón trata de crear un partido á su imagen y semejanza. Le deseamos buena suerte, aunque nos parece un poco difícil la empresa.

El Sr. Salmerón es un gran metafísico y un orador de primera línea. Su fama en ambos conceptos es tan universal como justa. Podrá no haberse distinguido nunca, ni en el terreno filosófico ni en el político, como hombre de ideas originales, pero ha sabido exponer con verdadera maestría las que otros iniciaron. Como profesor, explicó admirablemente las teorías panenteístas de Krause, y la misma nebulosidad en que supo envolver sus razonamientos, les dió ese misterioso ascendente que han tenido siempre sobre las muchedumbres los dogmas teológicos y en general todo aquello que no se acaba de ver claro. Como orador, no tenemos nosotros para qué juzgarle; es una maravilla. Su voz sonora y reposada, su

ademán majestuoso, sus arrogantes apóstrofes al público, sea el que fuere, la elevación de sus pensamientos que por su fuerza ascensional suelen perderse de vista, y aun parecemos, á los que solo tenemos una inteligencia vulgar y mediocre, algo así como confusos y contradictorios, todo en fin, revela en él al aristócrata del espíritu, al hombre salido de la cabeza de Brahma, al ser superior. En la antigüedad habría ocupado distinguido puesto entre los profetas.

Pues bien; con todas estas brillantes condiciones, con todas estas excelencias, el Sr. Salmerón persigue un empeño vano al pretender la jefatura de un partido, siquiera sea tamaño como un grano de mostaza. Su hermosa frente está sellada por una fatalidad que le condena á ser el eterno segundo en todas las agrupaciones políticas á que se afilie, y quien dice el eterno segundo, dice el eterno conspirador y el eterno despechado.

No, no puede ser el Sr. Salmerón jefe de ninguna agrupación republicana. No lo puede ser entre los federales, que recordarán siempre con horror el decreto en que manchó con el estigma de piratas á los españoles sublevados en Cartagena; no lo puede ser entre los posibilistas, que no han olvidado su cambio de frente en la madrugada del 3 de Enero, cuando después de haberse unido á Castelar para hacer imposible á Pi, sumó sus fuerzas á las de Pi para derrotar á Castelar; no lo puede ser entre los republicanos progresistas, que lo lanzaron de su seno en la Asamblea de 1887. El Sr. Salmerón es soberanamente impopular en estos tres partidos, que constituyen la casi totalidad de las fuerzas republicanas en todas sus gradaciones y matices. Añadiremos que merece serlo.

Parece, sin embargo, decidido á capitanear una agrupación que bautizará con el pomposo nombre de centro republicano. Si llegase á constituirla, sería, en efecto, un centro, pero sin circunferencia ni círculo, un punto geométrico, la nada entre dos platos. Y es triste que un hombre que habla tan bien y que tan admirablemente explica metafísica, no pueda en achaques políticos llevar su influencia más allá de donde pueda llevarla cualquiera de esos vulgarísimos disidentes que aquí en España les salen, no ya á los partidos, sino á los mismos comités de barrio. Pero el hecho se impone, y es un hecho que D. Nicolás Salmerón, que inspira admiración á todo el mundo como hombre y como pensador, como político no inspira á la opinión confianza alguna. ¿Por qué? Porque su historia política dentro del campo republicano es una serie de contradicciones y nebulosidades, y la opinión está por afirmaciones categóricas y concretas, por soluciones claras y definidas.

Se comprende que Pi y Margall, que Castelar, que Ruiz Zorrilla, que Cánovas, que D. Carlos, tengan partidarios convencidos y entusiastas; no se concibe que los tenga Salmerón, porque ni tendrían de qué convencerse, ni sabrían en ningún momento á qué carta quedarse. En el Sr. Salmerón todas las convicciones, todas las reglas de procedimiento, todas las normas de conducta, van de paso; el que ayer le seguía, hoy está distanciado de él por un tiquis miquis y mañana lo estará por un abismo. Cada cual es como es, y el Sr. Salmerón es así. Muy elocuente, muy pensador, muy digno de admiración y respeto, pero muy indeciso. Quien le tome de guía andará y desandaré el camino setecientas veces y luego volverá á desandararlo otras setecientas. Sanz del Río llegó á considerar aventuradas todas las síntesis; el Sr. Salmerón no se atreve á fijar sus convicciones nunca, por miedo de imponerse un prejuicio.

Cuando un cerebro es una asamblea en que cada célula emite y sostiene una opinión distinta, no hay medio de adoptar resolución alguna. Y hay algo de esto en el admirable cerebro del Sr. Salmerón, que formula é irradia verdaderas cascadas de ideas luminosas y brillantes, pero contradictorias é irreductibles á algo que sea un acuerdo fijo y capaz de determinar la voluntad á la ejecución de un solo acto.

Por eso el centro republicano, ese soñado centro, no podrá ejercer atracción sobre una sola molécula republicana. Todo en él es fuerza centrífuga; esa nebulosa no será nunca astro, ni siquiera asteroide, á menos que no se alteren las leyes de la mecánica universal.

En cuanto á los conatos coalicionistas que algunos periódicos suponen en el Sr. Salmerón y que afirman exponerá en el manifiesto que prepara como fe de vida de su quimérico partido, podrán indicar buen deseo, pero se estrellarán en la convicción firmísima que el país tiene de que el eterno segundo, lejos de auxiliar la concentración de fuerzas republicanas bajo fórmula alguna, es, sin poderlo remediar, el mayor enemigo y el más impenitente perturbador de todo género de coaliciones. Los pocos que aún lo dudábamos quedamos plenamente persuadidos de ello con su discurso en el *meeting* del 29 de Octubre y con su actitud en la Asamblea republicana.

Y cuenta que nosotros no hemos dudado nunca de la buena fe, de la lealtad y de la sinceridad del Sr. Salmerón. Estamos persuadidos de que él cree ciegamente que quiere la coalición. Pero se impone á su voluntad y á su inteligencia la fatalidad incontrastable que le condena á ser la fuerza centrífuga de la democracia española.

Queda Salmerón tan bien retratado, tan justamente juzgado y tan soberbiamente apabullado en ese artículo, que le hago gracia de mis comentarios, porque no me gusta ejercer de puntillero.

¡Bien por *La República*, que así allana el camino por donde ha de venir la ídem!

COMPENSACIONES

Muchos me censuran; bastantes me zahieren; pero tengo, en cambio, satisfacciones soberbias.

Ahí va una carta que me compensa de todas las censuras y ataques:

«Sr. D. José Nakens.—París 20 Febrero 1890.

Muy señor mío y querido correligionario: No encuentro por hoy otro medio de felicitarle que mandarle un fuerte abrazo, suplicándole al propio tiempo lo haga extensivo á esos valientes de la Asamblea, que, como usted, tan digna y valerosamente se han portado.

Todos estamos conformes en que así debe ser: *sin tregua ni descanso*, y caiga el que caiga.

Como siempre se ofrece de usted afectísimo seguro servidor y amigo.—Carlos Casero.»

El aplauso del capitán Casero, aquel bravo del 19 de Septiembre, que vive pensosamente en el extranjero, sin manifestarse *dolorosamente sorprendido*, es para mí una ejecutoria de buen acierto.

Chirrien las ranas filosóficas, graznen los grajos legales, muerdan las hormigas políticas, que bien se puede sufrir con gusto todo eso por merecer un aplauso del bravo capitán emigrado en París.

RECUERDOS

Ahora que el Sr. Salmerón, en su eterno afán de crearse un partido, rescuita las ideas federales que ha tiempo abandonó, no estará de más copiar aquí lo que le dijo en un libro un ilustrado y consecuente federal, á propósito de uno de sus muchos inalicables actos políticos. Le dijo esto:

«Imposible parece que un hombre de inteligencia tan clara como D. Nicolás Salmerón se apasionase hasta el extremo de hacer ante las Cortes la declaración impolítica de que perseguiría con más encarnizamiento á los republicanos en armas, que á los defensores del absolutismo. Esta injusticia horrenda, impropia del criterio de tan afamado filósofo, fué el botafuego de la insurrección cantonal y contribuyó más á su propaganda que todos los discursos y proclamas de los intransigentes. No hubo quien no viese en esa afirmación imprudentísima un acto de soberbia satánica ó una genialidad que sentaba mal en las alturas del poder ejecutivo, donde la reflexión y la templanza deben sobreponerse á las ligerezas del carácter y borrar sus más leves vestigios. Salmerón, sin embargo, debió hacer cuestión de honra el sostener su gravísimo yerro, pues bien pronto le oscureció con otro verdaderamente inalicable: con el decreto, tristemente célebre, que publicó la *Gaceta* de 21 de Julio, declarando piratas á los buques sublevados en pro de la federación en las aguas de Cartagena.

Este decreto vergonzoso, atentatorio á la dignidad é independencia de la nación, y que, en el fondo, no era sino un llamamiento á las potencias de Europa para que interviniesen en nuestras discordias civiles, será siempre un padrón de ignominia para el gobierno presidido por el Sr. Salmerón y una mancha imborrable en la historia de este hombre público. Cualquiera que fuese el móvil que llevase á D. Nicolás Salmerón á autorizar semejante delito de lesa patria, no podrá justificarse nunca ante la historia. Hay errores que incapacitan á un político para seguir interviniendo en los destinos de su país; el decreto de 21 de Julio de 1873 es la patente de incapacidad política del Sr. Salmerón y Alonso, filósofo notable, orador de primera talla, pero estadista funestísimo que no acertó á deslindar los límites que separan á la justicia de la rencorosa cólera; que hirió la dignidad del país en vez de herir á los insurrectos republicanos, y provocó una intervención extranjera que, de haberse verificado hasta el extremo á que autorizaba el decreto sobre piratería, hubiese dejado muy atrás las vergüenzas y los horrores de 1823. En 1872 se había sublevado en el arsenal del Ferrol contra un gobierno monárquico parte de la marina; en 1868 se había sublevado también la marina en sentido revolucionario, no ya contra un gobierno, sino contra la dinastía borbónica; ni á D. Manuel Ruiz Zorrilla ni á D. Luis González Bravo se les había ocurrido, ni se les hubiera ocurrido nunca, arrastrar el nombre de la patria declarando piratas á los rebeldes; estaba reservada esa gloria á un republicano: á D. Nicolás Salmerón y Alonso. ¡Gloria tristísima! Esa declaración, que exasperó á los intransigentes, indignó á los hombres de ideas más templadas y lanzó á la insurrección á muchos republicanos que de otra suerte no hubieran tomado parte en ella, hirió de muerte á la República.»

Y esto que ese notable escritor federal dijo al señor Salmerón, no fué á raíz de los sucesos, sino en 1886, ayer, como quien dice, cuando ya las pasiones de los combatientes se habían amortiguado, y la razón serena aquilataba los juicios en el crisol de la imparcialidad.

Vea por esta muestra el incansable perseguidor de jefaturas cómo le juzgan los federales, y arrójeles cebos para que piquen, que no tardará en recibir el desengaño.

Y ya que en la Asamblea apeló al fallo de la historia para evadirse de contestar á un representante, seguiré recordándole su historia, para que ni nos venga con historias ni con programas que pierden autoridad y fuerza sólo por salir de su boca.

LA CARICATURA

Del amor fraternal el dulce lazo
apretar quieren ambas á porfía,
pero, impidiendo el cariñoso abrazo,
se interpone la vieja monarquía.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.